

¿Has soñado con este hombre?

La luz entraba por la ventana y creaba una figura amorfa sobre la cama. Ya había comenzado el día pero los ojos inflamados, su escozor y el embotamiento reflejaban claramente la terrible noche que Lucas había pasado. Lucas tenía un miedo terrible a quedarse dormido. Sabía que si se dormía lo iba a pasar muy mal y por eso dormía poco y mal. Lucas era un hombre joven, apenas llegaba a los veinte años, trabajaba, vivía solo y nunca había tenido problemas para dormir. Sin embargo desde hace unos días le invadía un miedo terrible a quedarse dormido. No soñaba, o al menos no podía llamarle un sueño. En cuanto echaba la llave a la puerta de su apartamento y se preparaba para irse a dormir, comenzaba un circo de sentimientos que oscilaban entre la incomodidad y el más puro terror irracional. Aquello no tenía ningún sentido, por eso Lucas se dirigía a visitar a un psicólogo y aquella mañana se había propuesto presentar su mejor cara, tomarse un litro de café caliente y salir a buscar la consulta del psicólogo que le habían recomendado.

Aquella consulta duró una hora, era lo establecido y como el precio por hora era bastante alto tampoco podía permitirse nada más. El especialista lo atendió y escuchó la lista de síntomas que Lucas sentía cada noche. Finalmente le recomendó unos ejercicios de respiración que le deberían servir para relajarse. No obstante quedó claro que con una sola sesión no iba a bastar. Lucas debería empezar terapia para averiguar que estaba ocurriendo y qué había provocado este repentino pánico a quedarse dormido.

Escepticismo fue la palabra que pensó Lucas en cuanto salió de nuevo a la calle mientras se subía el cierre de la chaqueta al salir de la consulta. Se dirigió al trabajo con un vaso de plástico que contenía un café muy oscuro y muy cargado, el segundo del día, para intentar paliar el malestar propio de la privación del sueño.

Durante varios días intentó practicar los ejercicios que le recomendaron, incluso buscó por internet música de meditación, compró incienso para quemar antes de irse a la cama, nada

funcionaba, empezó a desesperarse y así se lo hizo saber a la persona que se suponía debía ayudarlo a solucionar sus problemas.

El psicólogo observó a su paciente y tras consultar brevemente su ordenador le dijo a Lucas que debía tener paciencia, que debían encontrar la raíz del problema pero que a pesar de ello lo iba a enviar a un psiquiatra quien le daría cierta medicación para que al menos pudiera dormir.

La primera noche que Lucas tomó la medicación que el médico psiquiatra le recetó durmió sin soñar, e incluso sintió cierta mejoría. Sin embargo al cabo de tres días empezaron los sueños.

Estos sueños sin sentido empezaban con él sentado en el salón de su casa viendo imágenes bizarras en la televisión como si fueran lo más normal del mundo, como si se tratara de un partido de fútbol. Y es en la magia de los sueños cuando ocurren las cosas más inverosímiles y estas ocurren sin producir ningún tipo de reacción en su protagonista. Es por eso que cuando un hombre de mediana edad, prácticamente calvo, algo entrado en carnes y vestido de traje y corbata, entró en el salón de Lucas y se sentó a su lado, este apenas reaccionó. Lucas seguía observando las imágenes sin sentido de la pantalla sin hacerle caso. Finalmente el invitado inesperado del sueño de Lucas se movió, se rascó una oreja con una mano mientras con la otra tomaba el mando de la televisión y lo apagaba. Lucas finalmente reaccionó y se giró para observar bien a quien había apagado el aparato.

Se observaron mutuamente durante mucho tiempo hasta que este abrió la boca para hablar y...

En ese momento Lucas se despertó repentinamente, su despertador sonaba de forma que parecía que le iba a taladrar el cráneo. De un porrazo el despertador salió despedido y fue a estrellarse contra el suelo donde dejó de sonar. El dolor de cabeza era terrible, el cansancio abrumador, había dormido del tirón pero sentía que el remedio había sido peor que la enfermedad. Ese día le costó más de lo normal despertarse, pero tras un café cargado, tres analgésicos y una ducha fría consiguió reunir fuerzas para llamar a su psicólogo y explicarle este nuevo síntoma.

Lucas no sabía quién era esa persona pero de alguna forma al recordarlo sentía reconocerlo, como si lo conociera desde hace mucho tiempo, además tenía la sensación de que quería decirle algo en el momento que se despertó. Ese sujeto que apareció en sus sueños, tan gris común y anodino despertaba en Lucas una sensación siniestra aún peor que todo lo que le estaba pasando y una tristeza que antes no había sentido, una sensación que invadía su cuerpo por oleadas, como si tuviera ganas de rendirse tras una carrera interminable donde cada vez que se acercaba a la meta alguien moviera la línea final en el último instante una y otra vez.

El bolígrafo terminó de realizar los últimos trazos del pequeño esquema anotado en un post-it amarillo que el experto en trastornos de la personalidad había cogido para anotar las descripciones hechas por Lucas al otro lado del teléfono. Junto al esquema, un pequeño dibujo de un rostro muy común, calvo, rostro redondeado, parecía la cara del típico oficinista gris, sin ningún interés, un rostro que todo el mundo ve en el metro cada mañana. No parecía algo importante pero el caso de su paciente parecía agravarse por momentos y cualquier cosa que pudiera decirle podría servir, en este caso la medicación había conseguido que estuviera dormido el suficiente tiempo como para que soñara, pero eso no le había ayudado, más bien al contrario, la situación había empeorado y el cuadro de sentimientos que le habían descrito indicaba que podría acabar en algún tipo de depresión. La conversación terminó y acordaron que se verían al día siguiente, como siempre.

Preocupado dejó el teléfono en su lugar y dejó a su lado el dibujo que le describió Lucas, en ese momento sonó la puerta, era un nuevo paciente que atender.

Después del último paciente de la mañana, se presentó en su consulta un viejo colega de la facultad, habían acordado que iría a visitarlo a su consulta y se irían a comer juntos al medio día antes de empezar las visitas de la tarde. Hacía mucho tiempo que no se veían y querían recordar aquella época en que lo que más les preocupaba era cuando iba a llegar el viernes para planificar sus incursiones a la zona de bares más cercana.

Al terminar de comer volvieron a la consulta, en ese momento su compañero reparó en el post-it que había quedado olvidado en la mesilla del teléfono y le hizo la fatídica pregunta -¿Has soñado tú con esto?-. El atormentado psicólogo que trataba a Lucas negó con la cabeza, pero la seria mirada de su colega le transmitía una mala vibración, entonces fue cuando el otro añadió - Mierda... es uno de tus pacientes, ¿cierto? ¿No le habrás mandado a que alguien lo medicara verdad?-. Ante el silencio de su interlocutor, el hombre insistió - ¿verdad? -. Lentamente empezó a atar cabos a percatarse de la tristeza en la voz de Lucas, de su angustia y profunda desesperación, aquello no podía ser, era solo insomnio y por lo que Lucas le dijo durmió del tirón la noche anterior. Su compañero de estudios volvió a romper el silencio - Pensaba que era una leyenda urbana, es un tipo de depresión muy extraña, empieza con insomnio, fatigas, cansancio y en cuanto se les pone a dormir ven a este sujeto, todos por igual, eso es lo más extraño. Sin embargo solo había oído hablar de esto y pensaba que nunca había pasado. Lo peor es que cuando empiezan a ver esta persona todo empeora...- El ambiente de la consulta se había viciado y lo que había empezado como una visita añorada acabó en una despedida incómoda.

Se sentó en su escritorio y tras varios minutos de tamborilear la mesa con sus dedos y observar detenidamente el dibujo decidió llamar a Lucas para que viniera esa misma tarde. Cuando al otro lado del teléfono no le respondió Lucas si no un técnico de ambulancias, no hizo falta que hiciera ninguna pregunta, había llegado demasiado tarde.

Se dice que durante muchos meses en las puertas de las farmacias, un cartel con el retrato robot de ese rostro inexpresivo, común, gris y sin gracia colgó junto el mensaje “¿Has soñado con este hombre?” y un número de teléfono debajo como si fuera un cartel de “Se busca” de la policía. Con el tiempo y de la misma forma tan misteriosa como se reportaron estos casos, nunca más volvió a oírse de nada similar, y el tiempo, imparable como siempre, se encargó de mezclar la realidad, con la ficción.

Autor: Javier Stark